

de tu recinto quisiera vivir más tiempo que Noé; quisiera tener los tesoros de Faraón, para gastarlos con tu vino y tus mujeres de dulces ojos, que brindan á los besos».

IX

SEVILLA

El camino de Córdoba á Sevilla no excita la admiración, como el de Toledo á Córdoba, pero es más bello si cabe. Siempre bosques de naranjos, olivares enormes, prados cubiertos de flores.

A poca distancia de Córdoba se ven las torres arruinadas del formidable castillo de Almodóvar, colocado sobre un elevado peñasco que domina un espacio inmenso; en Hornachuelos otro viejo castillo en la cumbre de una colina, en medio de un paisaje solitario y melancólico; más lejos la blanca ciudad de Palma, escondida entre un espeso bosque de naranjos, circuida de hortaliza y jardines. Corre el tren por entre campos de doradas espigas, ceñidos por higueras de la India, pequeñas palmeras, bosques de pinos y espesas plantaciones de árboles frutales. Y á cada instante se ven castillos, colinas, torrentes, esbeltos campanarios de pueblos escondidos entre los árboles y azuladas cumbres de lejanas montañas.

Pero lo que más llama la atención son las pequeñas casas de los campesinos esparcidas á lo largo del camino. No recuerdo haber visto una tan siquiera que no fuese blanca como la nieve. La casa es blanca, los pozales blancos, blanca la pequeña tapia que rodea el jardín, blancos los aleros

y las puertas. Y todo parece haber sido blanqueado el día antes de vuestra visita.

Algunas de esas casas tienen una ó dos ventanas de forma morisca, otras tienen algunos arabescos sobre la puerta, otras cubierto el techo con tejas de diverso color, como las casas árabes. Por un lado y otro se ven mantas encarnadas y blancas de los campesinos, sombreros de terciopelo entre la hierba, fajas de todos colores.

Los campesinos que se ven frente á sus casas; ó los que corren para ver pasar el tren, van vestidos como nos los representan los cuadros de hace cuarenta años. Llevan un sombrero de terciopelo con grandes alas un poco levantadas, y de copa pequeña y en forma de pilón de azúcar, una chaqueta corta, chaleco abierto, pantalones que llegan sólo á las rodillas, como los de los curas, polainas que suben hasta el pantalón y una faja alrededor de la cintura. Esta moda, molesta, pero bonita, sienta á maravilla á las formas esbeltas de esos hombres, que prefieren mucho más estar hermosos, aun á costa de su comodidad, á vestir más holgadamente, pero sin gracia. Y pasarán sin duda su media horita todas las mañanas, componiéndose para lograr que su pantalón haga resaltar las caderas y la bien torneada pierna. Nada tienen de común con nuestros campesinos del Norte, de fisonomía dura y apagados ojos. Estos fijan sonriendo sus ojos en vosotros, cual si dijeran: «¿No me conoce usted?» Lanzan miradas atrevidas á las señoras que asoman por las ventanillas del vagón; corren á ofreceros un cigarro antes que se lo hayáis pedido; alguna vez responden en verso á vuestras preguntas, y son capaces de reirse para mostraros sus blancos dientes.

Al llegar á Rinconada se empieza á ver, siguiendo la vía férrea, el campanario de la catedral de Sevilla, y á la derecha, al otro lado del Guadalquivir, las hermosas colinas cubiertas de olivares, á cuyos pies yacen las ruinas de Itálica.

El tren volaba y yo me hablaba á mí mismo á

media voz, y á medida que las casas se aproximaban, con esa ansiedad llena de deseo y de dicha que se experimenta al subir la escalera de una mujer querida.

¡Sevilla! ¡Sevilla! ¡Allí está! ¡Allí está la reina de Andalucía, la Atenas española, la madre de Murillo, la ciudad de los poetas y de los amores, la famosa Sevilla, cuyo nombre pronuncio desde la infancia con un sentimiento de viva simpatía! ¡Quién me había de decir, hace algunos años, que yo la vería! Y sin embargo, esto no es un sueño. ¡Aquellas casas son de Sevilla, aquellos hombres que allí se ven son sevillanos, aquel campanario que miro con mis propios ojos es la Giralda! ¿Yo en Sevilla? ¡Es extraño! Me asaltó una verdadera pasión de risa. ¿Qué hará mi madre en estos momentos? ¡Si ella estuviera aquí! ¡Si aquí estuvieran fulano y mengano! ¡Qué lástima hallarme solo! Pero he aquí las casas blancas, los jardines, las callejuelas... Ya nos apeamos... ¡Ah! ¡Cuán hermosa es la vida!

Llegué á una fonda, abandoné en un «patio» mi equipaje y empecé á dar vueltas por la ciudad. Me parecía á Córdoba más grande, enriquecida y embellecida; las calles son más anchas, las casas más altas, los «patios» mayores; pero el aspecto general de la ciudad es el mismo. Es la misma blancura, la misma red de callejuelas; ese perfume de azahar esparcido por todas partes, esa apariencia oriental que despierta en el corazón un sentimiento de tierna melancolía y en el espíritu mil sueños, deseos y visiones de un mundo lejano, de una vida nueva, de un pueblo desconocido, de un paraíso terrestre lleno de amor, de delicias y de paz.

En aquellas calles se lee la historia de la ciudad; cada balcón, cada fragmento, cada escultura, cada encrucijada solitaria, recuerda la aventura nocturna de un rey, las inspiraciones de un poeta, la historia de una hermosa, un amor, un raptó, una fábula, una fiesta. Aquí un recuerdo de María Padilla, allá de don Pedro, más lejos

de Cervantes, de Colón, de Santa Teresa, de Velázquez, de Murillo.

Una columna recuerda la dominación romana; una torre el esplendor de la monarquía de Carlos V; un alcázar la magnificencia de la corte de los árabes. Junto á modestas y pequeñas casas blancas se elevan suntuosos palacios de mármol; las pequeñas y tortuosas calles desembocan en anchas plazas plantadas de naranjos; desde una encrucijada desierta y silenciosa se llega con un corto rodeo á una calle llena de una brillante multitud. Y por todas partes se ven, á través de las graciosas verjas de los «patios», flores, estatuas, fuentes, salas, paredes cubiertas de arabescos, pequeñas ventanas árabes y ligeras columnas de mármol precioso. Y en cada ventana, en cada jardín, mujeres vestidas de blanco, medio escondidas, como ninfas tímidas, entre ramas y botones de rosa.

De calle en calle llegué á orillas del Guadalquivir, paseo de «Cristina», que es para Sevilla lo que el Lungardo para Florencia. Se goza en aquel punto de un espectáculo delicioso.

Me acerqué á la famosa torre del Oro, porque allí se encerraba el Oro que los barcos españoles traían de América, ó porque el rey don Pedro guardaba en ella sus tesoros; es octógona, formada de tres pisos escalonados, coronada de almenas y bañada por el río.

La tradición cuenta que la torre fué construída en tiempo de los romanos y que la favorita de don Pedro vivió en ella mucho tiempo, cuando la torre estaba unida al alcázar por un edificio que fué derribado al construirse el paseo de «Cristina».

Este paseo se extiende desde el palacio del duque de Montpensier hasta la torre del Oro, y se halla completamente sombreado por plátanos de Oriente, encinas, cipreses, saúcos, álamos y otros árboles del Norte, que los andaluces admiran, como admiramos nosotros las palmeras y los álces en los campos del Piamonte y de la Lombardía.

Un gran puente echado sobre el río, conduce

al barrio de Triana, cuyas primeras casas se ven en la orilla opuesta.

Una larga hilera de buques, goletas y barcas están anclados en el río, y entre la torre del Oro y el palacio del duque hay un continuo vaivén de embarcaciones. Una multitud de señoras pasea por las calles de árboles, turbas de obreros cruzan el puente, se trabaja activamente en los buques, el río tiene reflejos de color de rosa, el aire está embalsamado por las flores, y el cielo parece de fuego.

Entré en la ciudad y gocé del maravilloso espectáculo de Sevilla de noche. Los patios de todas las casas estaban alumbrados; los de las casas modestas no tenían más que una media claridad, que añadía á su gracia natural la belleza del misterio; los de los palacios, llenos de luces que hacían resplandecer los espejos y centellear los juegos de agua de las fuentes como si fuesen de bruñida plata, y brillar con mil reflejos los mármoles de los vestibulos, los mosaicos de las paredes, los cristales de los candelabros.

Y se percibía en el interior un murmullo de mujeres, se oía por todas partes un resonar de carcajadas y ecos de música, que parecía que uno atravesaba por una crujía de salas de baile.

De cada puerta salía una onda de luz y de perfumes. Las calles estaban llenas de gente; entre los árboles de las plazas, bajo los pórticos, en los fondos de los caminales, al pie de los balcones, en todas partes se veían ondular blancos vestidos, aparecer y desaparecer en la sombra. Cabezas adornadas con flores sonreían en las ventanas; grupos de jóvenes atravesaban por entre la muchedumbre lanzando alegres gritos; la gente se saludaba y hablaba de la calle á la ventana; y por todas partes se notaba un movimiento, una algazara y una alegría dignos de Carnaval. Sevilla no es más que un inmenso jardín donde juega un pueblo enardecido por la juventud y el amor.

Estos instantes son para un extranjero suma-

mente tristes. Recuerdo que dieron tentaciones de dar con mi cabeza contra las paredes. Iba de aquí para allá, turbado, con la cabeza baja y el corazón oprimido, cual si toda aquella gente se divirtiera para insultar mi soledad y mi melancolía. Era demasiado tarde para presentar mis cartas de recomendación y demasiado temprano para meterme en la cama. Era esclavo de aquella muchedumbre y de aquella alegría, y debía sufrirla por espacio de algunas horas todavía. Quise, para consolarme, no mirar la cara de las mujeres, pero no siempre salía con la mía, y cuando mis ojos se encontraban por casualidad con dos negras pupilas, el golpe era tanto más violento cuanto más inesperado y mucho más fuerte que si hubiese arrostrado el peligro con el corazón tranquilo.

¡Me hallaba entre aquellas sevillanas, peligrosamente famosas! ¡Las veía pasar, colgadas del brazo de sus maridos ó de sus amantes, rozaba sus vestidos, respiraba su perfume, oía el rumor de sus delicadas palabras y la sangre se me subía á la cabeza como una oleada de fuego!

Afortunadamente me acordé entonces de haberle oído decir en Madrid á un sevillano, que el cónsul de Italia acostumbraba á pasar la velada en la tienda de un hijo suyo, industrial; busqué aquella tienda, encontré en ella al cónsul, y presentándole una carta de un amigo suyo:

—Queridísimo señor—le dije con un tono dramático que le hizo reír,—hágame el favor de socorrerme por caridad: ¡Sevilla me causa miedo!

*

A media noche no había cambiado todavía el aspecto de la ciudad, la misma muchedumbre discurría por sus calles y las mismas luces brillaban en las casas. Volvíme á la fonda y me metí en mi cuarto con la sana intención de acostarme. Peor que peor. Las ventanas de mi cuarto

España—18

daban á una plaza, donde se agitaba una compacta muchedumbre que daba vueltas alrededor de una banda de música que no cesaba de tocar; terminada la música, empezaban las guitarras, los gritos de los aguadores, las carcajadas y los cantos; aquello fué toda la noche una bacanal capaz de enloquecer á cualquiera mortal.

Tuve un sueño delicioso y fatigoso al mismo tiempo, pero más pesado que alegre. Me parecía que me tenía sujeto á la cama una larguísima trenza negra enroscada en mil vueltas y con infinitos nudos: que sentía sobre mis labios una boca de fuego que me cortaba la respiración, y alrededor de mi cuello dos diminutas pero vigorosas manos que me golpeaban la cabeza contra el mango de una guitarra.

A la mañana siguiente fuí á ver la catedral.

Para describir cual se debe este inmenso edificio, necesario sería tener á mano una colección de todos los adjetivos más gráficos y de todas las comparaciones más atrevidas que hayan brotado de las plumas de los muñidores de hipérbolos de todos los países, cada vez que se vieron obligados á describir algo prodigiosamente alto, monstruosamente ancho, espantosamente profundo é increíblemente grandioso. Cuando hablo de aquella catedral con los amigos, sin darme cuenta de ello, hago como el Mirabeau de Víctor Hugo, un «colosal movimiento de espaldas», hincho los carrillos, voy ahuecando la voz poco á poco, á semejanza de Tomás Salvini en la tragedia «Sansone», cuando con un acento que hace estremecer á las butacas, dice que siente crecer el vigor de sus nervios. Hablar de la catedral de Sevilla cansa como sonar un instrumento muy grande ó sostener una conversación de un lado á otro de una cascada.

La catedral de Sevilla está aislada en medio de una vastísima plaza, de modo que puede abarcarse su grandeza de una sola mirada. En el primer momento pensáis en las palabras famosas que profirió el capítulo de la primitiva iglesia, al de-

cretar el día 8 de Julio de 1401 la construcción de la catedral: «Levantemos un monumento tal, que haga exclamar á las gentes futuras que nosotros éramos locos». Aquellos reverendos canónigos lograron por cierto su intento; pero para cerciorarse de ello, es necesario penetrar en aquella iglesia. Su aspecto externo es grandioso y magnífico, pero no puede compararse con su interior. Falta la fachada: un alto muro circuye todo el edificio á modo de fortaleza. Por más vueltas que se le den y por más que se mire, no se logra fijar en la mente un contorno único que, semejante al epigrafe de un libro, os dé una clara idea del plan de la obra.—¡Es inmenso!—pero no se queda satisfecho, y entra uno en la iglesia cautelosamente, deseando experimentar un sentimiento de maravilla más completo.

Al principio uno queda aturdido y perdida la cabeza, cual si se hallara en un abismo. Por algunos instantes no hace más que describir con la mirada inmensas curvas por aquel inmenso espacio, para asegurarse de que la vista no le engaña y la fantasía no le alucina. Después os acercáis á una de los pilares, los medís, y miráis los otros más lejanos. Son grandes como torres, y parecen, no obstante, tan sutiles que uno tiembla á la idea de que sostienen todo el edificio. Se recorren todos, uno á uno, con mirada rápida, desde el pavimento hasta la bóveda, y parece que se pueden contar los momentos que en ello emplea la mirada. Hay cinco naves, en cada una de las cuales cabría una gran iglesia. En la del centro podría pasarse otra catedral con la cabeza erguida, su cúpula y su campanario. Forman un total de sesenta y ocho bóvedas, tan atrevidas, que cuando se miran parece que lentamente se ensanchan y se elevan.

Todo es enorme en esta catedral. El altar principal, situado en el centro de la gran nave, tan alto que casi llega á la bóveda, parece un altar construído para curas gigantes, á los cuales los demás altares no llegan á la orilla. El cirio pascual

parece un palo de navío; el candelabro de bronce que lo sostiene, es un museo de escultura y cincelados, merecedor por sí solo de la visita de todo un día.

Las capillas son dignas de la iglesia: se han prodigado en ellas las obras maestras de sesenta y siete escultores y de treinta y ocho pintores. Montañés, Zurbarán, Murillo, Valdés, Herrera, Boddón, Roclas, Campana, han dejado allí mil huellas de sus manos inmortales. La capilla de San Fernando, que guarda las sepulturas de este rey, de su esposa Beatriz, de Alfonso el Sabio, del célebre ministro Floridablanca, y de otros personajes ilustres, es una de las más bellas y espléndidas.

El cuerpo del rey Fernando, que libró á Sevilla de la dominación de los árabes, vestido con su traje de guerra, con la corona y el manto real, descansa en una caja de cristal cubierta con un velo; á un lado tiene la espada que llevaba el día que entró en Sevilla; al otro el bastón, emblema de mando.

En esta misma capilla se conserva una pequeña Virgen de marfil, que el rey santo llevaba consigo á la guerra, y otras reliquias de gran valor y estima.

En las demás capillas hay grandes altares de mármol, tumbas de estilo gótico, estatuas de piedra, de madera, de plata, encerradas en grandes cajas de cristal, con la cara y las manos cubiertas de diamantes y de rubíes. Y cuadros maravillosos que por desgracia no reciben bastante claridad de la débil luz que descende de los altos ventanales, y no pueden, por lo mismo, ser admirados en toda su belleza.

Pero después de un examen detallado de las capillas, cuadros, esculturas, se vuelve siempre á admirar la catedral, por sí misma, en su grandioso, ó por mejor decir, en su formidable aspecto. Después de haberse lanzado á esas alturas vertiginosas, la mirada y la inteligencia vuelven al suelo fatigadas, para tomar aliento y remontarse

de nuevo. Las imágenes responden á la grandiosidad de la basilica: ángeles desmesurados, monstruosas cabezas de querubes, con las alas grandes como las velas de un navío, é inmensos mantos azules y flotantes.

La impresión que produce esta catedral es puramente religiosa, pero no triste. Es un sentimiento que transporta el espíritu á espacios sin fin y á aquellos misteriosos silencios en los cuales se anegaba el alma de Leopardi. Un sentimiento lleno de deseo y valentía; el vértigo voluptuoso que se siente al borde de un abismo, el tumulto y confusión de grandes pensamientos, el divino terror de lo infinito.

Como es la catedral más variada de España (pues la arquitectura gótica, la germánica, la greco-romana, la árabe, y la que se llama vulgarmente «plateresca», han dejado en ella sus huellas impresas), es también la más rica y la más privilegiada. En la época del mayor poderío del clero se quemaban en ella veinte mil libras de cera al año; se celebraban, en veinticuatro altares, quinientas misas al día; el vino que se consumía en los sagrados sacrificios subía á la increíble cantidad de diez mil setecientos cincuenta litros. Los canónigos tenían una servidumbre que hubieran deseado algunos monarcas, iban á la iglesia en soberbias carrozas tiradas por magníficos caballos y se hacían abanicar por los clérigos, mientras decían la misa, con abanicos adornados de plumas y perlas, derecho que les había sido otorgado por el Papa, y que algunos aprovechan todavía hoy. Es inútil hablar de las fiestas de Semana Santa, pues son todavía famosas en todo el universo, y acuden á ella gentes de todos los puntos de Europa.

Pero el más curioso privilegio de la catedral de Sevilla, es la danza llamada de «los seises», que se efectúa todas las tardes al anochecer, durante ocho días consecutivos, después de la fiesta del «Corpus».

Como estaba en Sevilla en aquella época, fuí á

verla y me parece digna de ser descrita. Por lo que me habían dicho me causaba el efecto de una «payasada» escandalosa, y entré en la iglesia dispuesto á indignarme por la profanación del santo lugar.

La iglesia estaba sombría: sólo el altar mayor se veía iluminado, rodeado de una muchedumbre de mujeres arrodilladas. Algunos sacerdotes estaban sentados á derecha é izquierda del altar; sobre las gradas había un gran tapiz extendido; dos hileras de chiquillos de ocho á doce años, vestidos de caballeros españoles de la Edad Media, con el sombrero de plumas y la media blanca, estaban alineados unos delante de otros, enfrente al altar. A una señal que hizo un sacerdote, una suave música, ejecutada por violines, rompió el profundo silencio de la iglesia y los dos bandos de niños se pusieron en movimiento, con un paso de contradanza, separándose y reuniéndose de nuevo con mil vueltas graciosas. Después entonaron todos á la vez un canto melodioso y alegre, que resonó en la vasta catedral como un coro de ángeles. Un instante después acompañaron su canto y su danza con el ruido de las castañuelas. Ninguna ceremonia religiosa me ha emocionado nunca tanto como aquella. Es imposible describir el efecto que producen aquellas voces infantiles retumbando por aquellas bóvedas; aquellos pequeños seres al pie de aquel enorme altar; aquella danza modesta, hasta humilde, aquellos trajes antiguos, aquella muchedumbre arrodillada y aquellas tinieblas que lo envuelven todo. ¡Al salir de la iglesia tenía el alma serena como si hubiera rezado!

A propósito de esta danza me contaron una anécdota curiosa. Hace dos siglos, un arzobispo de Sevilla, á quien pareció que no se veneraba de un modo muy conveniente á Dios por medio de este rito de contradanzas y castañuelas, quiso prohibir la ceremonia. Aquella determinación produjo mucho ruido: el pueblo se rebeló, los canónigos pusieron el grito en el cielo, y el arzobispo se vió

obligado á recurrir al Papa. Este, picado de curiosidad, quiso ver con sus propios ojos aquel baile infantil, para juzgar después con conocimiento de causa. Los niños fueron llevados á Roma con sus trajes de caballeros, entraron en el Vaticano y fueron presentados al Papa, en cuya presencia cantaron y bailaron. Su Santidad se rió, sin desaprobár el baile, y queriendo contentar á tirios y troyanos, esto es, á los canónigos y al arzobispo, decidió que los niños pudiesen seguir su baile hasta que hubiesen estropeado los trajes y que después se considerase abolida aquella ceremonia. El arzobispo se rió, los canónigos se rieron también, como gentes que tenían pensado el ardid para burlar á la vez al arzobispo y al Padre Santo. Y con efecto: renovaron cada año una parte del vestido de los niños, de modo que nunca pudiera decirse que todo el traje estaba usado, y el arzobispo, que como hombre escrupuloso tomó al pie de la letra la sentencia de Su Santidad, no pudo nunca oponerse á la celebración de la solemnidad. Se siguió bailando, se baila y se bailará mientras plazca á los canónigos y á Dios.

Quando iba á salir de la iglesia, un sacristán me hizo seña, me llevó á la parte trasera del coro y me enseñó una piedra del pavimento en la cual leí conmovido una inscripción. Bajo aquella piedra están sepultados los huesos de Fernando Colón, hijo de Cristóbal Colón, nacido en Córdoba y muerto en Sevilla el día 12 de Julio de 1536, á la edad de cincuenta años. Bajo la inscripción se leen algunos disticos latinos, cuya traducción es como sigue:

«¿Qué importa que yo haya regado con mis sudores el universo entero, que haya recorrido tres veces el nuevo mundo descubierto por mi padre, que halla embellecido las orillas del tranquilo Betis, y preferido mi sencilla vida á las riquezas, para reunir á tu alrededor las divindades de la fuente de Castalia y ofrecerte los tesoros recogidos antiguamente por Ptolomeo, si tú pasando en silencio por sobre esta piedra, no

«tienes un saludo para mi padre, y para mí un amistoso recuerdo?»

El sacristán, más enterado que yo, me explicó esta inscripción. Fernando Colón fué paje de Isabel la Católica y del príncipe don Juan, viajó por las Indias con su padre y su hermano, el almirante don Diego; siguió al emperador Carlos V en sus campañas; hizo otros viajes al África, Asia y América, y recogió por todas partes, á fuerza de fatigas y de dispendios libros sumamente curiosos con los cuales formó una biblioteca que después de su muerte pasó á manos del cabildo de la catedral, donde se encuentra todavía bajo el pomposo título de biblioteca Colombina. Antes de morir escribió los dísticos latinos que se leen en la losa de su tumba, manifestando el deseo de ser enterrado en la catedral. En los últimos momentos de su vida pidió ceniza, se cubrió con ella el rostro, pronunciando las palabras de la Santa Escritura: «*Memento homo, quia pulvis es*», entonó el *Te-Deum*, sonrió y exhaló el último suspiro, con la tranquilidad de un santo. Experimenté en seguida ardientes deseos de ver la biblioteca, y salí de la iglesia.

Un «cicerone» me detuvo preguntándome si había visto el «Patio de los Naranjos», y como le dijese que no, me llevó á verlo. Este patio se halla situado en la parte norte de la catedral, circuido por un almenado muro. En el centro se eleva una fuente rodeada de un bosque de naranjos, y á un lado, junto al muro, se ve un púlpito de mármol, donde predicaba San Vicente Ferrer, según cuenta la tradición. En el emplazamiento de este patio, que es muy grande, se hallaba la antigua mezquita, que fué construída á últimos del siglo XII, según se cree.

A la sombra de los naranjos y junto á la fuente, los buenos de los sevillanos van á tomar «el fresco en las ardientes siestas del estío». Allí no se siente piedad; allí tan sólo se recuerda el voluptuoso paraíso de Mahoma, al aspecto de la espléndida verdadera, al suave oreo del aire embalsamado y al

influjo de alguna beldad de grandes ojos que de cuando en cuando pasa por allí, lanzándonos una ardiente mirada á través de los lejanos árboles.

La famosa Giralda de la catedral de Sevilla es una antigua torre árabe, construída, según afirman, el año 1000, con arreglo al plano del arquitecto Heuver, inventor del álgebra. Fué modificada en su parte superior, después de la expulsión de los árabes, y convertida en campanario cristiano, si bien conserva todavía el aspecto árabe y recuerda más el desaparecido estandarte de los vencidos que la cruz que en vano le han impuesto los vencedores.

Es un monumento que causa un efecto de nueva especie: hace sonreír. Es desmesurado é imponente como una pirámide de Egipto, y al propio tiempo alegre y gracioso como un kiosco. Es una torre de ladrillo, cuadrada, de un hermoso color de rosa, sin adornos hasta cierta altura y adornada después hasta lo alto, con pequeñas ventanas moriscas, abiertas aquí y allá, como al azar, y guarnecidas con pequeños balcones que producen un hermoso efecto.

En el piso donde descansaba antiguamente un techo de diversos colores, rematado con una cúpula de hierro que sostenía cuatro enormes bolas doradas, se eleva el campanario cristiano, de tres pisos, el primero ocupado por las campanas, el segundo circuido de una balaustrada y el tercero formado por una especie de cúpula, sobre la cual da vueltas como una veleta, una colosal estatua de bronce dorado, representando la Fe, teniendo en una mano una palma y en la otra un estandarte, visible á una gran distancia de Sevilla y que cuando el sol la hiere, brilla como un enorme rubí engastado en la corona de un rey titán que gobernase con la mirada todo el valle de Andalucía.

Subí hasta la cúpula, quedando plenamente pagado de las fatigas de la ascensión. Sevilla, blanca como una ciudad de mármol, rodeada de una guirnalda de jardines, de bosques y paseos, en medio de un campo sembrado de casas de campo, aparece

á vuestros ojos con toda la pompa de su belleza oriental. El Guadalquivir, surcado por infinitos barcos, la atraviesa y abraza, describiendo una ancha curva. Aquí la torre del Oro dibuja sus formas graciosas sobre las azules aguas del río; allá el Alcázar ostenta sus torres austeras; más lejos los jardines del duque de Montpensier, vistos por sobre los techos, tiende una inmensa sábana de verdura. La mirada penetra en la plaza de toros, en los jardines de los palacios, en los «patios» de las casas, en los claustros de las iglesias, en todas las calles que desembocan alrededor de la catedral. En lontananza se ven los pueblos de Santi-Ponce, Algaba y otros que aparecen sobre la colina; á la derecha del Guadalquivir el gran barrio de Triana, de un lado, muy lejanas, las dentelladas crestas de Sierra Morena; de otro, nuevas montañas que ofrecen infinitas tintas azules; y por encima de este maravilloso panorama, el cielo más puro, más transparente, más encantador que haya jamás sonreído á la mirada del hombre.

Al bajar de la Giralda fui á ver la Biblioteca Colombina, instalada en un antiguo edificio, cerca del «Patio de los Naranjos». Después de haber visto una colección de misales, biblias, manuscritos preciosos, uno sobre todo, atribuido á Alfonso el Sabio, intitulado: «El Libro del Tesoro», escrito con mucho cuidado en la antigua lengua española; después de haber visto todo eso, ví—permitidme que lo repita,—ví con mis propios y humildes ojos, y conteniendo con la mano mi corazón, que parecía querérsese salir del pecho, un tratado de cosmografía y astronomía en latín, con los márgenes cubiertos de notas escritas por la propia mano de Cristóbal Colón. Había estudiado este libro, mientras alimentaba su grandioso deseo en el alma; había velado sobre aquellas páginas, las había tocado. Tal vez su divina frente en las vigiliat fatigosas se había reclinado con el abandono del cansancio sobre aquel pergamino y lo había regado con su sudor. ¡Es una idea que os transporta y conmueve!

Pero también hay otra cosa. Ví un escrito de la mano de Colón, donde se hallan reunidas todas las profecías de los historiadores profanos y sagrados que hicieron referencia al descubrimiento de un nuevo mundo; escrito del cual se servía, á lo que parece, para obligar á los soberanos de España á proporcionarle los medios necesarios al intento de su empresa. Hay, entre otros, un pasaje de la «Medea», de Séneca, que dice:

«Venient annis sæcula seris, quibus oceanus vincula rerum laxet, et ingens pateat tellus».

Y en el volumen de Séneca, que se encuentra también en la Biblioteca, se encuentra, junto al pasaje citado, una llamada de Fernando Colón, que dice: «Esta profecía fué realizada por mi padre, el almirante Cristóbal Colón, el año 1492». Mis ojos se llenaron de lágrimas; hubiera querido hallarme solo en aquel sitio para besar aquellos libros, para manosearlos hasta fatigarme, para rasgar un pequeño pedazo y llevarlo conmigo como una cosa santa.

¡Cristóbal Colón! ¡Yo he visto su escritura! ¡Yo he tocado las hojas que él tocó! ¡Yo lo he sentido junto á mí!

Al salir de la biblioteca, ¡yo no sé!... me hubiera arrojado entre las llamas para salvar á un niño, me hubiera despojado de todo para socorrer á un pobre, hubiera hecho con alegría cualquier enorme sacrificio. ¡Me sentía tan rico!

*

Después de la biblioteca, el Alcázar. Pero antes de llegar al Alcázar, con todo y hallarse en la misma plaza que la catedral, pude saber lo que era el sol de Andalucía. Sevilla es la ciudad más calurosa de España; aquella era la hora más ardiente del día y me encontraba en el sitio más sofocante de la ciudad. Estaba sumergido en un océano de luz. Ni una puerta, ni una ventana abierta, ni un sér viviente fuera de las casas; si me hu-

biesen dicho que Sevilla estaba despoblada, lo hubiera creído.

Atravesé lentamente la plaza entornando los ojos, haciendo visajes, con el sudor que me resbalaba por cara y pecho y con las manos mojadas cual si las hubiese sacado de una jofaina de agua. Junto al Alcázar hallé una especie de kiosco de vendedor de refrescos, y allí me lancé con la preseteza del hombre que se pone al abrigo de una granizada. Después de haber tomado aliento, me dirigí al Alcázar.

*

El Alcázar, antiguo palacio de los reyes moros, es uno de los monumentos de España mejor conservados. Visto de fuera, parece una fortaleza. Se halla completamente rodeado de altas murallas, de torres almenadas y de viejas casas, que forman delante la fachada dos cuerpos espaciosos. La fachada es severa y limpia como las demás partes exteriores del edificio. La puerta se halla adornada de arabescos dorados y pintados, entre los cuales se ve una inscripción gótica, que indica la época en que fué restaurada por orden del rey don Pedro.

Con efecto: por más que el Alcázar sea un palacio árabe, mejor es obra de los reyes cristianos que de los monarcas moros. Fundado no se sabe qué año precisamente, fué reconstruido por el rey Abdelasis hacia fines del siglo XII, conquistado por el rey Fernando hacia la mitad del siglo XIII, reedificado segunda vez por el rey don Pedro, habitado en seguida, durante el espacio de muchos años, por casi todos los reyes de Castilla, y elegido, por fin, por Carlos V, para celebrar su matrimonio con la infanta de Portugal. El Alcázar fué testigo de los amores y crímenes de tres razas de reyes; cada una de sus piedras despierta un recuerdo y guarda un secreto.

Se entra; se atraviesan dos ó tres piezas, que sólo tienen de árabe el techo y algunos mosaicos en

los rodapiés, y se llega á un patio donde uno se para lleno de admiración. Un pórtico con elegantes arcos se desarrolla á lo largo de los cuatro costados, sostenido por columnas de mármol, unidas dos á dos; arcos, paredes, ventanas, puertas, se hallan cubiertos de esculturas, mosaicos, arabescos complicados, de extremada delicadeza, trabajados, ya como finísimo encaje, ya como bordados lapices, ó bien volados y pendientes, como ramos ó guirnaldas de flores. Y hecha excepción de los mosaicos de color, todo es blanco, claro, luciente como el marfil.

A los cuatro lados se hallan las cuatro puertas que dan entrada á las salas reales. Aquí la admiración se cambia en entusiasmo. Todo lo que la imaginación más exaltada pueda soñar más rico, más variado, más espléndido en el más ardiente de los sueños, se encuentra reunido en aquellas salas.

Del pavimento á la bóveda, alrededor de las puertas, á lo largo de los marcos de las ventanas, en los ángulos más escondidos, en cualquier parte que se fijen los ojos, hay un hormigueo tal de adornos de oro y piedras preciosas, una red tan espesa de arabescos é inscripciones, una tan maravillosa profusión de dibujos y colores, que apenas se dan veinte pasos sin que uno quede aturrido y confuso, mientras los ojos fatigados buscan un pedazo de pared donde puedan refugiarse y descansar.

En una de estas salas, el guarda os muestra una mancha rojiza que cubre un largo trecho del pavimento de mármol y os dice con voz solemne:

—Esta es la mancha de sangre de don Fadrique, gran maestre de la orden de Santiago, muerto en este mismo sitio el año 1358, de orden del rey don Pedro, su hermano.

Me acuerdo que al oír esto miré cara á cara al guarda, con un aire que quería decir:—«Vamos andando»—que hizo al pobre hombre contestarme con tono áspero:

—«Caballero», si os pidiera que me creyeráis bajo mi palabra, podríais dudar con razón; pero cuando podéis verlo con vuestros propios ojos, me admiráis... pero... me parece...

—Sí, sí—me apresuré á contestar:—esto es sangre: lo creo, lo veo, pero no hablemos más del asunto.

Mas si uno puede reirse de la mancha de sangre, no puede hacerlo de la tradición del crimen á que se atribuye. El aspecto de aquel lugar despierta en el alma todos los detalles de aquel funesto suceso. Parece que uno oye retumbar por aquellas vastas salas doradas los pasos de don Fadrique, perseguido por los arqueros armados de mazas; el palacio se halla envuelto en las tinieblas y no se oye más ruido que el que producen los verdugos y su víctima. Don Fadrique quiere penetrar en el patio, y Lope de Padilla le detiene. Fadrique puede escapar, ya se halla en el patio, saca su espada... ¡maldición! la cruz de la empuñadora se ha enredado con el manto de la orden de Santiago, los arqueros llegan, no tiene tiempo que perder, huye á tientas de un lado al otro; Fernández de Roa le alcanza y le derriba de un hachazo; acuden los demás y también le hieren... Fadrique expira en medio de un lago de sangre.

Pero este triste recuerdo se pierde entre las mil imágenes que recuerdan la vida deliciosa de los reyes árabes. Esas graciosas y pequeñas ventanas, donde se espera ver de un momento á otro la cara lánguida de una odalisca; esas puertas secretas ante las cuales os detenéis aún á pesar vuestro, como si hubieseis oído el roce de un vestido; dormitorios de los sultanes, envueltos en una obscuridad misteriosa, donde os parece escuchar, confundidos en uno, los suspiros de amor de todos los monarcas; esa prodigiosa variedad de colores y bordados, que, parecida á una sinfonía animada y varia, os lanza á no sé qué delirio fantástico y os hace creer que estáis soñando; esa arquitectura delicada y ligera, columnas que parecen brazos

de mujer, pequeños y caprichosos arcos, reducidos gabinetes, bóvedas cubiertas de adornos que penden en frágiles estalactitas, en racimos pintados y de variado color, como floridos «parterres»; todo eso os inspira el deseo de sentaros en medio de una de esas salas y de permanecer allí, sintiendo sobre vuestro corazón el peso de una hermosa cabeza morena, de andaluza, que haga olvidar el mundo y el tiempo, y con un beso os adormezca para siempre.

La más hermosa sala de la planta baja es la de «embajadores», formada por cuatro grandes arcos, que sostienen una galería de cuarenta y cuatro arcos de bóveda más pequeña y en lo alto una preciosa cúpula esculpida, pintada, dorada, bordada con gracia inimitable y lujo fabuloso.

En la estancia superior, donde se hallan los departamentos de invierno, no queda más que un oratorio de Fernando é Isabel y una pequeña cámara, en la cual dicen que dormía el rey don Pedro. Desde allí se baja por una escalera estrecha y misteriosa al departamento que habitaba la famosa María Padilla, favorita del rey don Pedro, á la cual la tradición popular acusa de haber conducido al rey hasta el fratricidio.

Los jardines del Alcázar no son ni muy grandes ni muy hermosos; pero los recuerdos que despiertan valen más que la grandeza y la hermosura.

A la sombra de aquellos naranjos y de aquellos cipreses, al murmullo de aquellas fuentes, cuando en ese cielo purísimo de Andalucía brillaba la plateada luna y reposaba allí la turba de cortesanos, ¡cuántos prolongados suspiros de ardientes cortesanas! ¡cuántas humildes palabras de soberbios reyes! ¡cuántos amores formidables!

—¡Hermoda Itimad! ¡Amor mío!—murmuraba yo, soñando con la amante famosa del rey Al-Motamid, y errando de sendero en sendero como en persecución de un fantasma.—¡Itimad, no me dejes solo en este paraíso delicioso! ¡Detente! ¡Dame todavía la felicidad de esta noche!... ¿Te acuer-

das? Viniste á mí y tu rica cabellera me envolvía lo mismo que un manto; como un guerrero abraza su espada, así abracé yo tu cuello, más blanco y flexible que el del cisne! ¡Cuán hermosa eres! ¡Mi corazón abrasado extinguía su ardiente sed en tus labios color de sangre! Tu hermoso cuerpo aparecía por entre los pliegues de tu ropa espléndidamente bordada, como una hoja de espada tersa y brillante sale de la vaina; y yo oprimía con mis dos manos tu flexible talle y toda la perfección de tu belleza. ¡Cuánto te quiero, Itimad! ¡Tu beso es dulce como el vino, y tu mirada, como el vino, hace perder la razón.

Mientras hacía así mi declaración de amor con expresiones é imágenes robadas á los poetas árabes, y en el momento en que seguía una senda llena de flores, sentí de pronto un juego de agua entre las piernas; híceme atrás y recibí otro en la cara; volvíme á la derecha y lo sentí en el cuello; me eché á la izquierda, y en la nuca; apreté á correr, agua por debajo, por aquí, por allá, por todas partes; en hilos, en chorros, en lluvia, de modo que en un instante quedé completamente mojado, como si hubieran metido en un cubo. Abrí la boca para gritar; pero todo cesó en aquel momento y oí en el fondo del jardín un estallido de sonoras carcajadas. Volvíme y ví á un joven apoyado en una pequeña pared que me miraba con una expresión que quería decir: «¿Os ha gustado eso?» Cuando salí me enseñó el resorte que había tocado para jugarme aquella «broma», y me consoló, diciendo que el sol de Sevilla no me dejaría por mucho tiempo en aquel estado de esponja empapada al que había pasado bruscamente; ¡infeliz de mí!... desde los brazos cariñosos de mi sultana.

✱

Por la tarde, á pesar de las voluptuosas imágenes que el Alcázar había evocado en mi alma, gozaba de calma suficiente para admirar la be-

lleza de las sevillanas sin necesidad de buscar un asilo en los brazos del cónsul.

No creo que existan en ningún país mujeres más capaces que las andaluzas de inspiraros la idea de un rapto; no sólo porque excitan la pasión que inspira locura, sino porque parecen hechas exprofeso para ser tomadas, empaquetadas y escondidas; tan pequeñas son y tan ligeras, regordetas, elásticas y flexibles. Sus pequeños pies cabrían perfectamente los dos en el bolsillo de vuestro paletó; las cogeríais por la cintura con una sola mano, como muñecas, y haciendo un pequeño esfuerzo con un solo dedo, las haríais doblegar como un junco. A su belleza natural añaden el arte de caminar y de mirar de un modo tal, que vuelven loca la cabeza mejor sentada. Vuelan, resbalan, ondulan; en un minuto pasan cerca de vos, os muestran su pie pequeñísimo, os hacen admirar su brazo, os ponen en evidencia su delgada cintura, os descubren dos hileras de blancos dientes, os lanzan una mirada prolongada y encubierta que os penetra hasta vuestra alma y allí muere; y después se marchan con aire triunfal, seguras de haberos hecho perder el sentido.

Para tener una idea aproximada de la belleza de las mujeres del pueblo y de sus hábitos, fuí al día siguiente á visitar la fábrica de cigarros, que es una de las más grandes de Europa, y que no cuenta menos de cinco mil obreras. El edificio se halla frente al vasto jardín del duque de Montpensier. Las obreras están casi todas en tres grandes salas divididas en tres partes por tres hileras de columnas. El primer golpe de vista es sorprendente: veis á la vez ochocientas jóvenes, formando grupos de cinco ó seis, sentadas alrededor de unas pequeñas mesitas, agrupadas á montones, las primeras como envueltas en una niebla y las últimas apenas visibles; todas jóvenes, algunas niñas todavía. Ochocientas cabelleras negras y ochocientas caras morenas, de todos los puntos de Andalu-

cía, desde Jaén á Cádiz, desde Granada á Sevilla. Se oye un ruido como en una plaza llena de gente. Las paredes, desde la puerta de entrada hasta la de salida, se hallan cubiertas de sacos, chales, pañuelos, zapatos; y ¡cosa extraña! este conjunto de prendas, que bastarían á llenar cien traperías, ofrecen dos colores dominantes, los dos continuos, uno sobre otro, como los colores de una larga bandera: el negro de los chales encima, el rosa de las ropas debajo, y mezclados con el rosa, el blanco, el violeta y el amarillo. Parece que se está viendo una inmensa tienda de disfraces ó una inmensa sala de baile donde las bailarinas hubiesen colgado en las paredes todo lo que no les es absolutamente necesario para salvar el decoro.

Las jóvenes se alían al salir; para trabajar se ponen ropa vieja, pero rosa y blanca del mismo modo. Como el calor es insoportable, se aligeran cuanto pueden, y por esto apenas hay una cincuentena que no dejen al descubierto brazos y hombros, que el visitante puede contemplar á su sabor, sin hablar de los casos extraordinarios que se ofrecen de improviso, al pasar de una sala á otra, detrás de las puertas y columnas, en el fondo de los ángulos lejanos.

Hay allí caras preciosas, y hasta las que no son guapas tienen algo que llama la atención y se graba en la memoria: el color, los ojos, las pestañas, la sonrisa. Muchas de ellas, sobre todo las «gitanas», son de un moreno obscuro, como las mulatas, y tienen los labios hermosos. Otras tienen los ojos tan grandes, que si se hiciera fielmente su retrato parecería una exageración monstruosa. La mayor parte son pequeñas y bien formadas, y todas llevan una rosa, una violeta, un ramo de flores campestres entre las trenzas. Son pagadas en razón al trabajo que hacen; las más hábiles y las más trabajadoras ganan hasta tres pesetas al día; las «holgazanas» duermen con los brazos cruzados sobre la mesa y la cabeza apoyada en los brazos. Las que son madres, trabajan moviendo

una pierna, en la cual tienen atado un cordel que hace balancear una cuna.

De la sala de los «puros» se pasa á la de «cigarillos», de ésta á la de picadura, de la de picadura á las de las cajas, y en todas se ven ropas rosadas, trenzas negras y ojos rasgados. Cuando se sale de esta fábrica parece por un largo espacio que sólo se ven ojos negros por todas partes, ojos que os miran con mil expresiones diversas de curiosidad, de enojo, de simpatía, de alegría, de tristeza, de sueño.

El mismo día fuí á ver el Museo de pintura.

El Museo de Sevilla no posee muchos cuadros, pero los que tiene valen por un gran Museo. Allí se encuentran obras maestras de Murillo, entre otras, el «inmortal San Antonio de Padua», que goza fama de ser la más divinamente inspirada de sus creaciones y una de las más grandes maravillas del genio humano. Visité el Museo con el señor don Gonzalo Segovia y Ardinsón, uno de los más ilustres jóvenes de Sevilla y quisiera que se hallara aquí junto á mi mesa, para atestiguar con su firma que en el momento en que ví el citado cuadro lancé un grito, agarrándome á su brazo.

Una vez, una sola vez en la vida he experimentado una conmoción del género de la que sufrí á la vista de aquel cuadro. Era una hermosa noche de verano; el cielo refulgente de estrellas; el vasto campo, que se abarcaba de una sola mirada desde el lugar elevado en que me hallaba, se dormía sumido en una paz profunda. Una de las más hermosas criaturas que he conocido en la vida se hallaba junto á mí. Pocas horas antes habíamos leído algunas páginas de un libro de Humboldt. Mirábamos el cielo y hablábamos del movimiento de la tierra, de los millones de mundos, de lo infinito, con ese tono bajo, cual si fuera una voz lejana que uno emplea espontáneamente cuando de noche habla de cosas semejantes en un lugar silencioso. De pronto nos callamos y cada uno se abandonó, los ojos fijos en el cie-